

EDGAR MORIN, *Introducción a una política del hombre*, Gedisa, Barcelona, 2002. 186 páginas.

«Toda ecuación prudente del futuro debe incorporar la expresión *todo es posible*». Así nos dice Edgar Morin en este libro (p. 50), pero refiriéndose a la ciencia y la técnica y sus progresos lineales e irreversibles, pues según él la evolución de la humanidad estaría marcada por su carácter tanto progresivo como regresivo; pero esta obra nos permite preguntarnos: ¿no resume esta frase el anhelo de Morin de hacer despertar en el lector la cuestión de la posibilidad de la superación del hombre por el hombre? ¿no es en el fondo cierto que todo es imprevisible y que por tanto todo es posible? ¿no hay en el ser humano un ámbito de posibilidades infinitas una vez reconocidas las propias limitaciones? Porque el autor nos pide ante todo el acto maduro de reconocer estas últimas como seres humanos, límites que no atañen a otra cosa más que a nuestra naturaleza contradictoria, nuestra complejidad, ambigüedad y la no pocas veces paradójica esencia en la que nos movemos.

Morin defiende en este libro el desarrollo y consolidación de una antropopolítica. Esto implica una cosmovisión que abarque las contradicciones y paradojas del hombre y que nos lleve a comprender mejor y a mejorar el mundo en el que vivimos, lo cual supone transformar la sociedad y al individuo en sí con vistas a la posibilidad de una vida más intensa, más íntegra, más acorde con la naturaleza¹ y, en definitiva, una vida más políticamente vivida, pues toda actitud transformadora conlleva tanto reflexión como acción política.

Una crítica fundamental del autor hacia el mundo de entonces (el desarro-

llismo dentro de un ámbito de amplia descolonización del Tercer Mundo, por los años sesenta) y que aún se ajusta a la actualidad, es sin duda la crítica al pensamiento economicista, desarrollista y tecno-cientifista acerca de ese pedestal en que se eleva la idea de desarrollo, que empobrece la perspectiva política y vital, precisamente por dejar de lado el ámbito espiritual, afectivo, moral, intelectual del propio término «desarrollo».

Para Morin, el pensamiento del siglo XX se ha visto influido por Marx, Freud y el surrealismo. Un análisis de este triplete nos sirve para entender qué idea de desarrollo para el hombre defiende el autor.

El núcleo de Marx y su teoría es el modo de producción, pero esta exclusividad tan centrada en lo exterior al ser humano, según Morin, empobrece la visión del hombre y de la vida; Marx, de este modo deja de lado la capacidad de asombro ante la condición humana y su multidimensionalidad, y considera al hombre, como aún hoy día muchos defensores del marxismo o de cierta *izquierda auténtica*, imaginario y mitológico, mitómano, espiritual (y no digamos ya lo que piensa del hombre religioso... la religión, ese opio para el pueblo) y en definitiva, con vitalidad interior, como un ser alienado al que hay que salvar, pues al sueño se le considera mera disolución y nunca revitalización —que es lo que es— de lo real. Le falta al ser humano marxiano «la angustia, la voluntad de poder, la poesía, la locura, el misterio». Y podríamos añadir: ¿no es acaso la salvación del hombre a través de este materialismo marxiano el auténtico mito alienante que habría que criticar? En definitiva, ¿dónde quedan las innegables necesidades y potencialidades espirituales del hombre? Hoy día, sin duda, el neomarxismo ha avanzado en ciertos as-

¹ Las reflexiones sobre la situación del ecosistema también se dan en este libro, en un texto adicional de 1989 que se añade al texto central, que es de 1965.

pectos, pero aún deja de lado el ámbito de lo espiritual (que no necesariamente religioso, aunque también abandona ese *religere* del ser humano, ese anhelo inherente de retornar al origen) y lo psicoafectivo, pues se trata de escuchar lo que según Morin es el grito silencioso en la teoría marxista: ¿cómo conducir y reiniciar la historia del ser humano y su relación política con el mundo por su lado bueno? ¿es el marxismo una esperanza práctica o un sueño mesiánico? Para complementar a Marx y su visión materialista, Morin nos propone a Freud, el cual atañe al núcleo psico-afectivo del ser humano, aunque el autor considera que tanto para Freud como para Marx el hombre es bueno y malo a la vez.

La explotación del ser humano no sólo responde a las estructuras productivo-económicas de la sociedad sino también a las estructuras neuróticas de la existencia humana. Freud, aunque las estudia certeramente, desprecia las pulsiones e instintos humanos y según él la civilización es por naturaleza represiva. Esto nos lleva al problema actual del psicoanálisis que, tan institucionalizado como está, olvida la dimensión antropológica del hombre y se limita a tratar de adaptar (como el resto de escuelas psicológicas) a éste a la vida social «sana y normal» (entienda el lector de esta crítica un especial énfasis en estas comillas).

Otro elemento de esta base teórica fundamental para el siglo XX ha sido el surrealismo. Si bien es claramente criticable tanto el exceso materialista-exteriozante del marxismo (y que lo conectaríamos con mucha parte de la corriente de izquierda *laicista*), como el exceso de introspectividad de la teoría freudiana y el detenimiento de su base revolucionaria en una praxis acartonada de ciertos tipos de terapia psicoanalítica, Morin ensalza también sus aspectos positivos y el hecho de que ganan mucho ambas teorías bajo la condición de complementarse. Y unida a estas dos visiones aparece

la perspectiva surrealista, que se uniría a las anteriores siempre y cuando se tengan en cuenta las críticas pertinentes que el autor le hace. Morin defiende que el surrealismo implanta algo muy positivo, que es admitir la escasa realidad de lo real y «concebir, a su vez, en su plenitud, la realidad de lo imaginario». El surrealismo reivindica la poesía en tanto un radical antropológico, no sólo como forma de arte sino también, y sobre todo, como un estilo de vida, como poesía vivida. Esto nos devolvería a vivir ese *todo es posible* al que me refería al inicio de esta crítica, a sentir el fluir del río que es la vida, como si fuésemos leyendo y viviendo un poema, y eso nos ayudaría profundamente a sustanciar esa cosmovisión que implica la antro-po-lítica defendida por el autor de este libro. Pero para éste el surrealismo también peca de excesos, tales como llegar a despreciar y subestimar el pensamiento reflexivo y científico, partiendo de lo que era un inicial desprecio por la prosa. El surrealismo, pues, se autoembriaga y deja de atender a la complejidad y seriedad del hecho de la vida. Si bien, el pensamiento nace del sueño, la psique, el subconsciente, su paso a ser desarrollado y plasmado como logos o discurso requiere la luz del día, la vigilia, y ello nos permite combinar la noche, el sueño y la poesía junto al día, la vigilia y la prosa, en definitiva, lo onírico con lo científico. Así pues, se precisa un surrealismo que no pierda su naturaleza poética pero que no nos impida una visión más reflexiva y científica de las cosas.

Y hablando de ciencia, ¿qué sucede hoy día que toda salvación pasa por la ciencia y la técnica? Desde los mass-media, ese supuesto marco de conciencia colectiva que la democracia tanto nos vendió como garantía de contrapoder y que se erige, en realidad, como el máximo poder, se vende la idea de que el mundo ha avanzado mucho y tanto gracias a las bondades de la ciencia y la

técnica. Pero nos podemos preguntar junto a Morin: esta ciencia, que no controla lo que investiga ni por qué lo investiga, que se mueve desregulada, desvinculada de la perspectiva antropológica de la realidad, conducida por manos ciegas que pertenecen a poderes no elegidos por el pueblo, no democráticos, ¿no nos decepciona después de tanto progreso que se nos prometió en su nombre? Ya el autor se adelanta describiendo el hecho de que el poder, como fuente de tantos conflictos, como anhelo peligroso del ser humano (e inherente a él), pasará al mundo de los laboratorios. Un gran ejemplo lo tenemos en el comercio de las patentes científico-médicas y cómo se comercia en el fondo con el futuro y la salud de personas humanas.

No ha cesado hoy día de llover ese mar de escepticismo malsano que hace del hombre un instrumento al servicio de la ciencia y la técnica y no al revés. Pero curiosamente, esta corriente científicista no es escéptica ante la propia ciencia, y pregunto: ¿no es el escepticismo bien entendido un síntoma de la capacidad de autocrítica? Sí, y esta autocrítica en la ciencia, esta capacidad de autoregenerarse, autoconducirse, es precisamente lo que echa en falta Edgar Morin tanto en la ciencia como en el ser humano. Y es que para el autor, y creo que para toda visión lúcida de las capacidades y potencialidades (que ojalá pasen pronto de potencia

a acto, hablando en términos aristotélicos) del ser humano, rechazar los excesos del antropocentrismo no impide aceptar la esperanza, siempre renovable, de ir más allá, de superar al hombre mediante el esfuerzo del hombre; en definitiva, implica admitir que estamos atrapados en una celda envidiable que nos inserta en una necesidad a la vez más infantil y evolucionada, más natural y civilizada: el amor.

Pues la revolución, nos dice Morin, también es una cuestión del interior del ser humano, y esto implica defender la música del sentimiento, pero no despegada de la reflexión intelectual, la música que nos transporta al dulce latido de un corazón inteligente, un corazón en permanente interacción con la mente y el espíritu del ser humano. El propio amor a uno mismo y a los demás, a lo que el cristianismo primitivo denominaba como el prójimo, como lo innombrable, y el amor a la vida y al planeta tierra nos debe ayudar, sin duda, a consolidar esa perspectiva de la antro-po-lítica, esa visión interdisciplinar (como la propia carrera profesional de Morin) que integre todas las verdaderas potencialidades del hombre, esas posibilidades que no podemos dejar que se escapen de las manos, pues somos seres políticos por naturaleza, y por ello, seres capaces de transformar y ser transformados.

IVÁN RISUEÑO